pio del cisma de Occidente por Lutero hasta el tratado de Westphalia (1548). Luchas y reformas.

Segunda época: Desde Westphalia á uuestros días.

Amplísimos como son estos períodos, no bastan sin embargo al plan que nos proponemos y alguna vez salvaremos sus límites, porque bastando al narrador, vienen estrechos á la filosofía de la historia, que persigue con su mirada las consecuencias más remotas y no descansa hasta llegar al término. Sirva de ejemplo un sólo caso. ¿Cómo hablar del poder temporal del papado, sin romper el círculo de la edad media y llegar á Víctor Manuel y al cautiverio actual de Pío X?—Es imposible y la necesidad nos autorizará unas veces á traspasar la línea de los períodos y otras á retroceder mucho para hallar el origen de lo que estudiemos como término.

Trazado el plano y seguros de que trabajamos por Dios y para Dios, le pediremos instantemente la gracia necesaria á fin de que todo sea en gloria, honor y alabanza de Dios.

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSÉ SALOMÉ GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1907.

todo lo sacrificaba á sus deseos sin ningún remordimiento; y S. Pablo resumió la historia del antiguo mundo, cuando dirigiéndose á los romanos, cuya civilización triunfante había absorbido todas las fuerzas y todos los vicios de los pueblos vencidos, les decía cara á cara, con intrépida firmeza y sin temer ni encontrar contradicción: «Vosotros carecéis de afecto y de amor.....vosotros no tenéis dulzura, ni consideración, ni piedad..... odiáis y os odian, estáis sin corazón, en fin y sin entrañas.»—

Después de hablarnos de la idolatría general, dice el Apóstol: «Dios los entregó á su réprobo sentido.....los entregó á pasiones vergonzosas Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad, llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad y de chismes.»—Omito aquí dos largos versículos en que nos hace saber cuáles eran esas pasiones abominables y nefandas. El lenguaje que usa en ellas sería indigno en nuestros labios, ya por los pecados á que se refiere, ya porque ni S. Pablo lo diría á vosotros: lo escribió para los romanos que iban abriendo sus ojos á la luz del Cristianismo, pero que vivían en medio de aquella atmósfera de corrupción; y siendo general y público el vicio, debía abofetearlo, digámoslo, para humillar al paganismo. Y no era vicio propio de esclavos y plebeyos: sentados al borde revuelto de aquella sentina, vemos á Virgilio, á Horacio y al gran Cicerón, y lo dicen ellos mismos. Plutarco felicita y elogia á los padres de familia que impedían á sus hijos el visitar á los filósofos..... ¡Qué más! Un Emperador arrastró sobre los mismos fangos la púrpura; Nerón se enamora ciegamente de un joven, baja del Capitolio y en uno de los templos de sus dioses celebra pomposa y públicamente su matrimonio con aquel joven que amaba..... El Apóstol nos dice que tal vicio era también común en las mujeres.

Tamaño y habitual trastorno del orden natural determinó hasta la necesidad de que las leyes romanas premiaran á los desposados que tuviesen hijos; pero la corrupción se desbordaba y los diques eran débiles, resultando que se hicieron más comunes aún otras iniquidades excecrandas, que fomentó el interés. Pero no todo niño nace fuerte y bien formado. Los niños que nacían débiles y contrahechos, traían consigo la sentencia de muerte, porque las leyes reclamaban su exterminio: Oid la ley de la XII Tablas: *Puerum, pater, cito necato*: Si el niño nace defectuoso, que lo mate inmediatamente su propio padre!—Y los filósofos confiesan que ellos también cumplían esa bárbara ley.—De Séneca son estas horrendas palabras: "Nosotros matamos á un perro que tiene mal de rabia ó á un toro peligroso Así, ahogamos á nuestros hijos si nacen débiles ó monstruosos; no por ira, sino porque es *racional* separar lo útil de lo inútil." A nadie será sospechoso el testimonio siguiente: es de Plutarco: "Cuando nacía el niño, el padre mismo lo llevaba á cierto sitio destinado al efecto, y reunidos allí todos los miembros más ancianos de la familia reconocían al niño; si lo encontraban feo ó contrahecho disponían que fuese arrojado á un barranco situado al pié del Taigeto, emitiendo la opinión de que no convenía al niño ó á la república el conservarle la vida."

Tal era la condición de los hijos ¿cuál sería la de las madres?—Nadie ignora, y no me detendré á decir que tampoco tenían segura la vida. que se les repudiaba, se les vendía so el pretexto más futil ó el capricho más insensato; que no eran esposas, sino esclavas.

La esclavitud!—Sobrepongámonos á la fatiga del es-

píritu y considerémosla un momento, porque es tan horrible, que con ella acabaremos de enegrecer el cuadro de fondo, que con rapidez vamos formando. Haced un esfuerzo de imaginación y contad cuál es el número de los esclavos: son millones, y así lo testifica la historia. Tomaré del Sr. Dupanloup algunos datos. En Africa, según el censo oficial hecho por Demetrio Falero, sólo eran 20,000 ciudadanos libres: los demás eran esclavos. En Roma había quien tuviera 1,000--10,000 y hasta 20,000 esclavos, y tal era su número que, en testimonio de Séneca, el Senado jamás permitió que llevasen distintivo, temeroso de que llegaran á contarse y amenazaran la paz del Imperio. En su mayor parte la humanidad era esclava, porque la esclavitud existía en todos los pueblos.

Yo me atrevo á indicaros que no confundáis términos que tienen significaciones diversas y aun distintas: *Esclavitud*, *servidumbre*: la primera es antihumana; la segunda es necesaria. El cristiano carece de *esclavos*, renuncia á la palabra *siervo* y caritativamente usa de otras más suaves y que no humillan al pobre: *sirviente*, *criado* y aun *doméstico*. Sabe el amo que por un deber ha de tratar á su criado como á un hijo de Dios, y que *se hará un juicio durísimo sobre todos los que mandan*; y sabe el criado que, en su amo, sirve á Dios y que ha de obedecer por conciencia y no por el temor. Ambos son hermanos, si bien colocados por la divina Providencia en distinta escala social para ejercitar su virtud. Pero el esclavo pagano ¿qué venía á ser? —Lo más degradado de la humana degradación, al servicio incondicional é ilimitado de la misma degradación, con total pérdida de la libertad y sin derecho alguno, siquiera fuese á la vida. Es inegable cuanto he dicho. Para no cansaros con textos latinos, traduciré fielmente algunas leyes romanas referentes á los esclavos. Reflexionad sobre ellas:

El esclavo es *una cosa* del Señor que la posee (*res mancipii*); el esclavo no es cabeza (*Nullum caput habet*), es decir, su cabeza no se cuenta!--El esclavo no tiene derecho ninguno, (*Servile caput nullum jus habet*); para con un esclavo no hay obligación alguna. (*Nulla cadit obligatio*); ni él puede contraer deudas ni á él se le puede

deber nada (*Nec servus quidquam debere potest, nec servo potest deberi*); la servidumbre es una muerte (*servitus morti assimilatur*); el esclavo no es padre, ni madre, ni hijo, ni esposo á los ojos de la ley (*Ad leges cognationes serviles non pertinent*). No se les permiía pedir justicia, litigar, rendir declaraciones, y si declaraban era nomás en el tormento. No había acción ilícita contra el esclavo, ni aun quitarle la vida sin otra causa que la voluntad de su amo. Vedio Polión engordababa sus muremas con esclavos. Era muy costoso alimentar las fieras del circo y Calígula, nieto de Augusto, las cebaba con esclavos. ¡Muerte espantosa, pero envidiable para los que sufrían el último suplicio la muerte de cruz!

A los niños se les ahogaba, á los caballeros romanos se les obligaba á suicidarse rompiéndose las venas; pero el esclavo moría crucificado. Muerte horrorosa, la más dolorosa y cruel que inventar pudo la furia humana en su delirio satánico de sangre y de odios implacables; y muerte de agonía prolongadísima. Crucificados hubo que duraran hasta *cinco días* en el patíbulo: hasta que por congestión ó por inanición los abandonaba la vida; y muertos ya, todavía les eran rompidos los huesos de las piernas.

Y ¿por qué se les imponían tales sentencias?—Por nada Augusto mandó crucificar á uno porque se comió una codorniz.

Tácito nos refiere que un esclavo dió muerte á su Señor, pero el Senado romano sentenció á cuarenta á ser crucificados.

¿Os parece ya muy negro el cuadro?--Pues, todavía le faltan sombras: el Circo y los juegos de los gladiadores. En el gran anfiteatro reuníanse en apiñada muchedumbre los romanos. El Emperador presidía; el pueblo frenético de entusiasmo salvaje, esperaba el saltar de las fieras hambrientas, que solían ser en pavoroso número: Silva hizo sacar al circo cien leones, César cuatrocientos, Pompeyo seiscientos y Augusto cuatrocientas veinte panteras y treinta elefantes. ¿A qué salen tantos animales feroces, rabiosos de hambre y de sed, heridos de candente hierro para que rujan de ira?--Nos lo dice un poeta romano:

Ut bibant humanum, populo plandente, cruorem. Para que beban sangre humana, á los aplausos del pueblo!

Señores, la sangre se hiela y se encoge de frío el corazón. Imaginaos, si podéis, el tremendo espectáculo: una tropa de mil esclavos ó de prisioneros de guerra entrando al anfiteatro á luchar con seiscientos leones. ¡Qué espantosa carnicería! que cuadro tan horrible! La arena cubierta de sangre, miembros palpitantes doquiera esparcidos y otros en las fauces de las fieras. Y el pueblo rey aplaude y pide mas víctimas porque no están saciados los leones; y se traen más hombres y son arrojados al circo, y corre más sangre, y el frenesí aumenta, y se prolonga la diversión, algunas veces por varios días.

Y no es sin embargo esta diversión la predilecta de la reina del mundo pagano: Roma se deleitaba más en las luchas de sus gladiadores. Diríase que la ciudad toda se ha reunido á contemplar la lucha. También aquí preside el Emperador. Los gladiadores se presentan: son gallardos, robustos, llenos de virilidad y de fuerza. De pie, alta la cabeza y la espada en la mano, saludan al Cesar. ¿Cuantos son los que van á morir para que el pueblo se divierta? Porque todos morirán los unos á manos de los otros—¿cuantos son?— Cien parejas, doscientas ó más. Tito, á quien se llamó: "*delicia del mundo y amor de los romanos*" hizo durar *cien* dias, en honor suyo, los combates de los gladiadores y murieron millares de hombres. Una vez Trajano las prolongó por *ciento veintitrés* días y combatieron 10.000. En fin Justo Lipso nos asegura que hubo mes en que murieran más de *viente mil* gladiadores divirtiendo al pueblo. Primero luchaban puestos el casquete y la visera; Claudio mandaba que lo hiciesen á cabeza descubierta, para que el pueblo recibiera la última satisfacción: gozarse del gesto de los que estaban moribundos.

Las fieras saboreaban sangre, el pueblo hasta el humo de ella. No hemos concluido; precisa añadir una sombra más: la religión de los paganos. Adoración absurda é impía de todo lo más vil, abyecto y detestable representado en sus dioses. Cada uno de ellos los autorizaba, ó más bien, les imponía el deber religioso de entregarse al

desenfreno de las pasiones y aun de cometer delitos: la deshonestidad tenía su diosa y tenian su dios el incesto, el adulterio, el robo, y adoraban directamenta al demonio, en Plutón, que era el dios de los infiernos, así como lo adoraban en la serpiente, que les era familiar y que las mujeres acariciaban, y las llevaban consigo á los grandes banquetes, donde se las ponían al cuello y se deleitaban en sentirlas deslizárseles por el seno.

Es llegado, señores, el momento de suplicaros que hagáis otro esfuerzo de imaginación, pero acaso os pida mucho. Reconstruid con estos elementos la antigua sociedad pagana, vedla cubriendo toda la tierra, aunque en variadas proporciones; hallaréis siempre lo mismo en los pueblos que imaginéis; y en efecto, la historia nos lo testifica; porque el romano á donde quiera que iba llevaba, como llevó su idioma, sus costumbres, y necesitaba del circo, de los gladiadores: testigos la Galia, España, Grecia, Africa, Asia, etc.

Ante ese fondo tan intensamente negro colocad ahora á Jesucristo, Dios de Dios y Luz de Luz. ¡Cómo resalta su figura divinamente majestuosa y sublime! Ha venido á vencer, luchando el solo, todas las idolatrías y todas las pasiones; á derrocar el imperio del demonio, señor del mundo, y á fundar el reino de la gracia y la virtud. Transformar, restaurar, renovar en Cristo á la humnidad entera ¡que empresa tan grandiosa y que parece imposible!

Yo comparo al mundo pagano al campo de Ezequiel, quien vió, en profética inspiración, que lo condujo Dios á una extensa llanura cubierta de huesos tan áridos, que el profeta les llama *secos en cxtremo*, (*vehementer.*) Y le dijo el Señor: hijo del hombre, ¿crees tú acaso que estos huesos vivirán?

El mismo profeta nos dice que tales huesos representaban al pueblo de Israel; pero es evidente que la misma comparación vale para las naciones paganas. ¿Creis vosotros que esas naciones volverán á la vida? ¿Quién será tan poderoso que tan grande prodigio realizar pueda?

"Profetiza, hijo del hombre - dijo el Señor á Ezequiel—"Huesos áridos, oid la palabra del Señor" . . "Y hé aquí—dice textualmente—hé aquí una conmoción: y

uniéronse huesos á huesos, cada uno á su coyontura. Y miré, y ví que subieron nervios y carnes sobre ellos: y se extendió en ellos piel por encima . . . y entró en ellos espíritu, y vivieron: y se levantaron sobre sus pies un e jército sumamente grande." (XXXVII).

Todas las naciones gentílicas, y aun la casa de Israel, son áridos huesos diseminados en la llanura del mundo: la humanidad toda se halla descarnada y seca; el espíritu de la vida no tornará jamás á ella, si Dios no se lo infunde nuevamente con el infinito poder de su palabra. Y ved que Jesucristo, el Verbo de Dios, se presenta al mundo y solemnemente clama: "*Yo soy la resurrección y la vida*":—"Yo soy el camino, la verdad y *la vida*."—En las naciones, como en los individuos habrá una gran conmoción, porque la voz de Dios ha resonado sobre ellos, pero los vivificará un nuevo espíritu, el Espíritu que enviará el Verbo divino y que renovará todo el orbe de la tierra. Los Apóstoles y los discípulos llevarán en sus labios palabras de eficacia omnipotente para resuscitar á las naciones. Antes de subir á los cielos, Jesucristo les dirá: Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra, como mi Padre me envió, os envío yo á vosotros: id y enseñad á todas las naciones . . . Sí! la Iglesia es la única que posee la palabra de la vida, la palabra de Dios. Los emperadores, los reyes, los jefes de las repúblicas hablan en nombre de la ley, en nombre del pueblo; solamente la Iglesia habla en el nombre y con la autoridad de Dios y repite sin cesar ante imperios, reinos y repúblicas: "huesos áridos, oid la palabra del Señor." Y ved ¡mirad!: el cuadro obscurísimo, el fondo de negrura intensa, suavemente albea y poco á poco se hace luminoso, de tal manera, que fatiga los ojos: del paganismo han brotado once millones de mártires por la virtud, confesando á Jesucristo: los desiertos se han poblado de santos y las grutas de las montañas se extremecen de las penitencias que en ellas hacen los que ya están justificados: millares de vírgenes cantan un himno, que sólo ellas saben y que ningún otro puede aprender: desaparecen los penates y los lares: los patricios y las matronas se llaman hermanos de sus esclavos: el pueblo, en el circo, ve correr sangre cristiana, pero allí se realizan prodigios estupendos, y allí se convierte el pueblo, y salta á la arena pidiendo la gloria del martirio: ya no hay espadas para los gladiadores, porque faltan para degollar cristianos. Y cesa la persecución porque el paganismo está vencido y porque Dios, en su bondad, le dió misericordiosamente licencia á Constantino de ser también cristiano y de llevar sobre su frente el signo sagrado de la cruz. La cruz! en la cual había muerto Jesucristo por la sentencia infame de un procónsul de Roma; la cruz, el instrumento de maldición en que morían los esclavos.

Aunque tan lejos nos hallemos de aquellos tiempos, ya podéis, señores, apreciar con bastante suficiencia el inmenso trabajo de transformación que Jesucristo encomendó á su Iglesia; las causas radicales de las persecuciones que ha sufrido y que sufre todavía; los beneficios innúmeros que le debe la humanidad y cuántos debe esperar de ella en lo porvenir.

Sin el conocimiento amplio de lo indicado apenas en esta Conferencia, vuestro criterio filosófico, en historia, será falso ó claudicante: vacilaríais, cuando es necesaria la afirmación, y afirmaríais, cuando es imperiosa la obligación de negar.

Hagamos ya nuestra última reflexión: el mundo actual, la civilización presente lo debe TODO á Jesucristo, aunque rujan de rabia los que blasfeman de la Iglesia.

Segunda Conferencia.

El Mundo Pagano.

Señores:

Os he dicho que, al aparecer Jesucristo entre los hombres se iniciaba una era nueva de transformaciones radicales y profundas y debo añadir que no transformación, sino *renovación* debe llamarse aquel movimiento: *Ecce nova facio omnia*—dice el Espíritu Santo—y otra palabra divina la nombra *restauración de todas las cosas en Cristo.*

No toméis á hipérbole expresiones que son asombromente exactas. Debía ser transformado todo, y todo restaurado, y renovado todo; del anciano al niño, de los imperios y naciones á las familias: la humanidad en sí misma y en todas las manifestaciones de su actividad; costumbres particulares y públicas, leyes, religiones, artes, ciencias, política

Nosotros, los que hemos nacido respirando ambiente de virtud y de fé, tras diecinueve siglos de Cristianismo, no podríamos, de una parte, agradecer debidamente á Jesucristo y su Iglesia los bienes recibidos, ni de otra llegaríamos á ver con suficiente claridad los acontecimientos

de entonces, faltándonos la luz que tomaremos de la misma obscuridad que envolvió al mundo pagano Voy á presentaros un fondo negro, tan negro que acaso lastime vuestros ojos, pero así resaltará con fulgores más intensos la omnipotente mano que renovó todas las cosas y lleva á su Iglesia por los tortuosos caminos de la historia.

Comencemos á trazar ese cuadro de tinieblas.

«Había—dice el Sr. Dupanloup—en los hombres más pacíficos y en los pueblos más civilizados, una dureza de corazón, un desprecio á la humanidad, una aversión á los pobres, un horror por las desgracias y una inclinación al asesinato, tales, que apenas podemos, con nuestras ideas cristianas y á la distancia á que nos hallamos, concebir costumbres tan inícuas y crueles. El fondo de todo esto era un orgullo sin límites, un egoísmo desenfrenado, que todo lo sacrificaba á sus deseos sin ningún remordimiento; y S. Pablo resumió la historia del antiguo mundo, cuando dirigiéndose á los romanos, cuya civilización triunfante había absorbido todas las fuerzas y todos los vicios de los pueblos vencidos, les decía cara á cara, con intrépida firmeza y sin temer ni encontrar contradicción: «Vosotros carecéis de afecto y de amor.....vosotros no tenéis dulzura, ni consideración, ni piedad..... odiáis y os odian, estáis sin corazón, en fin y sin entrañas.»—

Después de hablarnos de la idolatría general, dice el Apóstol: «Dios los entregó á su réprobo sentido.....los entregó á pasiones vergonzosas Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de maldad, llenos de envidia, de homicidios de contiendas, de engaño, de malignidad y de chismes.»—Omito aquí dos largos versículos en que nos hace saber cuáles eran esas pasiones abominables y nefandas. El lenguaje que usa en ellas sería indigno en nuestros labios, ya por los pecados á que se refiere, ya porque ni S. Pablo lo diría á vosotros: lo escribió para los romanos que iban abriendo sus ojos á la luz del Cristianismo, pero que vivían en medio de aquella atmósfera de corrupción; y siendo general y público el vicio, debía abofetearlo, digámoslo, para humillar al paganismo. Y no era vicio propio de esclavos y plebeyos: sentados al borde revuelto de aquella sentina, vemos á Vir-

... Cicerón y lo dicen ellos mis-

ERRATA NOTABLE

En la página 4ª de esta Conferencia, línea 23, dice *consideración;* debe decir *conmiseración.*

nace fuerte y bien formado. Los niños que nacían débiles y contrahechos, traían consigo la sentencia de muerte, porque las leyes reclamaban su exterminio: Oid la ley de la XII Tablas: *Puerum, pater, cito necato*: Si el niño nace defectuoso, que lo mate inmediatamente su propio padre!—Y los filósofos confiesan que ellos también cumplían esa bárbara ley.—De Séneca son estas horrendas halabras: "Nosotros matamos á un perro que tiene mal de rabia ó á un toro peligroso Así, ahogamos á nuestros hijos si nacen débiles ó monstruosos; no por ira, sino porque es *racional* separar lo útil de lo inútil." A nadie será sospechoso el testimonio siguiente: es de Plutarco: "Cuando nacía el niño, el padre mismo lo llevaba á cierto sitio destinado al efecto, y reunidos allí todos los miembros más ancianos de la familia reconocían al niño; si lo encontraban feo ó contrahecho disponían que fuese arrojado á un barranco situado al pié del Taigeto, emitiendo la opinión de que no convenía al niño ó á la república el conservarle la vida."

Tal era la condición de los hijos ¿cuál sería la de las madres?—Nadie ignora, y no me detendré á decir que tampoco tenían segura la vida, que se les repudiaba, se les vendía so el pretexto más futil ó el capricho más insensato; que no eran esposas, sino esclavas.

La esclavitud!—Sobrepongámonos á la fatiga del es-